

DE REGRESO

FANNY USTARROZ

Pedro leyó la carta y decidió ignorarla. Aquella amenaza de muerte no le resultaba creíble. Desde hacía más de veinte años vivía en Pehuajó y era casi cómico imaginar un posible asesino en la pequeña ciudad de provincia.

Dos años atrás, el estallido de la guerra civil en su país natal, España, lo habían llevado a interesarse en temas históricos y políticos. Sus lecturas lo hicieron profundizar también las circunstancias que se vivían en Argentina, su país adoptivo. El “fraude patriótico” que cometían los conservadores para retener el poder lo indignaba y comenzó a escribir una columna de actualidad política en el semanario local. Su director era radical y permitió la publicación de los artículos.

No cabía duda desde qué lado habían enviado aquel mensaje. Días antes, el intendente se había referido en un discurso a los: “Extranjeros que obstaculizan el camino del engrandecimiento de la Patria”. En la nota, el remitente había traducido aquellas palabras a un: “Gallego hijo de puta, callate y dejá de decir macanas o sos boleta”.

La tranquilidad del amenazado se fue borrando a medida que pasaban las horas. Recordando episodios de silenciados asaltos y tiroteos ocurridos en la ciudad y en otros lugares de los alrededores, decidió que el problema no se resolvía con un alzarse de hombros. Debía consultar la opinión de sus amigos.

Esa fue la razón principal que lo llevó al club Social aquella noche gélida. Pero ni Javier, ni Pascual, ni Benito, habían aparecido. Ellos nunca planificaban sus encuentros con algu-

no de los otros. Pedro pensó que el frío los debía haber retenido en sus casas. El frío y sus respectivas mujeres. Quizás él mismo no estaría allí si la suya no hubiese muerto veintitrés años atrás. Las noches de julio son impiadosas en los pequeños pueblos y ciudades perdidos en la llanura e invitan a quedarse junto al fuego y a los afectos. De todos modos, no estaba seguro de que hubiera buscado el consejo de María si la hubiese tenido a su lado. Lo más probable es que no le hubiera contado nada para no preocuparla

Pero ya era medianoche, estaba claro que ninguno de ellos iba a llegar y Pedro decidió retirarse. Pagó, cerró su abrigo hasta el cuello, cubrió su cabeza con el sombrero y salió a la calle.

Siete cuadras debía caminar para llegar a su casa. La plaza que se encontraba frente al club estaba oscura y silenciosa. Por primera vez tomó conciencia de los perfiles de las ramas deshojadas; “tenebrosas” se dijo. En la esquina el viento movía una lámpara, apenas resguardada por una pantalla metálica, que se balanceaba por encima del cruce de las calles. Con su movimiento, las sombras aumentaban y disminuían de tamaño sobre las paredes de las casas y de los tapias. Las veredas vacías y el cercano ladrido de un perro lo inquietaron. En aquellos momentos su soledad lo asfixiaba, elevó sus ojos al cielo y las desoladas aberturas del campanario de la iglesia le devolvieron la mirada.

Había caminado tres cuadras cuando escuchó por primera vez, a sus espaldas, ruido de pasos que atravesaban el aire nocturno. Su primer impulso fue correr, pero se forzó a tranquilizar su cabeza y continuó su marcha con el mismo ritmo. Mientras lo hacía, se decía a sí mismo que era una

tontería imaginarse el único vecino que había decidido salir esa noche. En el Social no quedaban más parroquianos, pero eso no significaba que no hubiera en el pueblo otros sitios adonde dirigirse. Caminó una cuadra, siempre acompañado por los pasos del otro, y lamentó no vivir más cerca del club. En los últimos cien metros no pudo dominarse y apretó el paso; Pedro escuchó hacer lo mismo al otro caminante.

Faltaba poco para llegar a la puerta de su casa, sacó el llavero del bolsillo del sobretodo y rodeó con sus dedos la llave de la puerta de entrada para prepararse a usarla. Fue entonces cuando comprendió que, de ahí en más, le sería imposible volver otras noches solo a su casa. Tenía que hacer algo.

Cuando se ha perdido lo más importante que se tiene en el mundo, las pequeñas cosas van, poco a poco, ocupando el vacío. El café con Benito, Rafael y Pascual no era una simple rutina sino un refugio que no estaba dispuesto a abandonar. ¿Terminaría pidiendo que lo acompañasen de regreso a su casa? No, su vida y él mismo no podían convertirse en tan poca cosa.

Encomendándose a Dios, giró sobre sus pies, enfrentó a su perseguidor y preguntó “Bueno, señor mío ¿Qué es lo que usted busca?” “Unos pesos don Pedro, por favor” contestó el mendigo.

A lo lejos, el perro volvió a ladrar.